

Testimoniar desde el olvido. La represión política y la tortura en el Estadio Nacional de Chile en 1973.

Paulo Álvarez Bravo¹

Resumen

Prestar testimonio de la vivencia de prisión política y tortura, de la violentación de los cuerpos y los derechos humanos, es un acto de arrojo para aquellas personas que deciden compartirlo, pues implica (re)mover parte de su intimidad terrible hacía latitudes imaginadas pero no conocidas en el devenir. A la vez, el testimonio podría o no comportarse como acto de liberación, considerando que se hace desde un lugar contenido de dolor sino de daño que no obstante transmitirse, permanece. Desde hace más de una década, personas ocupadas de que la experiencia represiva de la dictadura cívico-militar chilena en lo que fue y hasta ahora es el principal coliseo deportivo del país, el Estadio Nacional, no se olvide, gestionan de a poco y sin mayor apoyo institucional, testimonios de sobrevivientes, que no sin aprehensivos temores e inquietantes sentidos, han ido colaborando en la configuración de un acerbo archivístico que tiene el desafío de potenciarse para contribuir a la recuperación de la memoria histórica y a una vida democrática que haga de la alteridad y de la diversidad sellos que inviten permanentemente al dialogo humano.

¹ Profesor de la Universidad de Chile.

Testimoniar desde el olvido. La represión política y la tortura en el Estadio Nacional de Chile en 1973.

Testimoniar desde el olvido:

“Es la hora que nos sentemos frente al mar, nosotros. Los hijos más terribles de la historia. No tenemos paz más la tendremos, nosotros, los hombres que no venció la guerra. Busco en tu mirada los peldaños, vida. Para subir los signos que me faltan (...) seremos el aire, las alas de los hombres para ganarnos el cielo.” Congreso, 1995.

Dar cuenta de lo vivido, narrar en primera persona sobre hechos que marcan la existencia nunca ha sido un ejercicio sencillo, ni siquiera cuando el relato habla de alegrías o de amores que cruzan el viaje de la vida. Quizá por pudor, por una sensación de exposición, inseguridad, intimidad, quizá porque hay todo un contexto, todo un sistema mundo que ayuda poco a valorar el testimonio. La escasez de tiempo, las preocupaciones laborales, la inmediatez de las relaciones, la levedad de la escucha, el miedo al otro, la exacerbación de la inseguridad y el reino del individuo colaboran en hacer del testimonio un no lugar y en ultimo ¿¡a quien le importa!?.

A lo anterior, habrá que adicionar aquellas experiencias que son más duras y cohabitan en la coerción, ubicadas en la periferia del relato social sino en la marginalidad de lo político, catalogadas de incómodas, inapropiadas, inútiles o como parte del pasado, leído este como si fuera algo muerto; las heterogéneas formas de tortura, represión y dolor físico y mental a las que fueron sometidas miles de personas en Chile durante la dictadura cívico-militar se ubican allí. Son hechos, experiencias, preñadas de humillación y deshumanidad que lesionan la vida entera, cercadas por la abyección de la sociedad civil y un tratamiento espurio de parte del estado.

Lo terrible de esto último es que no se trata sólo de lo acaecido sino de lo que acontece, pues, los velos de la memoria siembran amnesia. Desde ahí, el pasado pierde la dimensión pedagógica, de aprendizaje, que una sociedad puede revestir. Pierde también en cuanto posibilidad de conciencia y dialogo público, pierde en cuanto trama que compromete a generaciones o grupos importantes de la sociedad.

Si es verdad que desde el testimonio la memoria social puede ser cobijo de lo indecible, articulando por tanto la voluntad de hacerse cargo de lo acontecido lo más probable es que cultive contextos de verdad y de justicia, es decir procesos de transformación de un pasado castrador. Pero la realidad país no es así. Este ahora asemeja un naufragio, entonces el testimonio deviene fútil y la experiencia se constriñe en el ámbito de lo negado, aislada de pluralidades que puedan contenerla, darle marco y proyectarla.

Testimoniar en las condiciones descritas es un acto de arrojo. Si el ayer dictatorial lo prohibió con balas y ensañamiento de sangre, el hoy cultiva la incredulidad como aguja que hilvana los relatos del desgarrar perpetrado como inteligencia de muerte. En medio de ello, pero en coherencia con los resultados, se ubica la llamada transición democrática y sus dos identificables momentos convocadores de testimonios; primero, con el Informe

de Verdad y Reconciliación, conocido como Informe Rettig (comenzado en 1990 y entregado en marzo de 1991), bajo la administración gubernamental de Patricio Aylwin y más tarde con la entrega del Informe de Prisión Política y Tortura (convocada en 2003 y entregado el 2005), bajo la administración gubernamental de Ricardo Lagos, posteriormente un breve acápite de este último se publicaría bajo la administración Piñera durante el año 2011.²

Ambos productos,³ son verdaderos catalizadores de testimonios, filtrados por un equipo de expertos dirigidos por un grupo de heterogéneos representantes de la sociedad civil “de reconocido prestigio y autoridad moral” dice uno de los textos. En el primer caso ellos han “adquirido la convicción” de que el/los testimonios sobre el asesinato de la persona es veraz, en el segundo han reconocido que las personas señaladas en el Informe fueron víctima de prisión política y tortura.

El estado de Chile ha ocupado el testimonio para acreditar y reconocer, pero también para cerrar la memoria. Se le ha dicho al país una cosa como “en aras del futuro y la reconciliación, la verdad”. Pero no es una verdad que invite a transformar nada, sino a conservar. Aún así, con el reconocimiento de la verdad histórica el país ha dado un invaluable paso hacia la transparencia e integridad común como elemento constituyente que invita a una mejor y más sana convivencia democrática. Con respecto a la justicia, como dijo Aylwin, se haría, como de hecho se ha realizado, “en la medida de lo posible”. Entendido así, es posible señalar que el estado de Chile, construyó una ficción de la verdad, los dichos del ex presidente funcionan como axioma, parcialmente exorcizado cuando en cadena nacional pública dio cuenta de los resultados del Informe y pidió perdón en nombre de aquellos que jamás en Chile lo han solicitado públicamente.

Pero los acontecimientos acaecidos en materia de derechos humanos han generado una irrupción de la memoria, que desconcierta al más previsor. No es otra cosa que el insoportable peso de la realidad no asumida que estalla y que se ha encargado de abrir una y otra vez los hechos que el statu quo institucional se ha esmerado en no tocar.

Ambos Informes y su acápite son un ejemplo de lo dicho anteriormente, da cuenta de “compromisos de gobierno” en temas de derechos humanos en especial con las agrupaciones que han mantenido la lucha por el tema, pero cada uno de ellos al mismo tiempo ha demostrado que desde el poder central, no se cree en el imperativo de la justicia, que las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile jamás hasta ahora han tenido

² Informe de la Comisión Presidencial Asesora para la Calificación de Detenidos Desaparecidos, Ejecutados Políticos y Víctimas de Prisión Política y Tortura.

³ Es interesante señalar que cada uno de los informes vivió una intensa presión mediática, muy de la mano con la temperatura política de ese momento y que tiene muchas dimensiones, pero en particular dos; las relaciones entre el gobierno y los organismos y causas en relación a los derechos humanos y por otra parte la presión de las Fuerzas Armadas para no hacer de ello motivo de justicia, lease ostigamiento o persecución en su contra. Detrás de ello es observable que la política de la memoria desde el estado se juega, a regañadientes, sin real proyección ni debate público. Desde ahí el testimonio se encapsula y se vuelve utilitarista, cosa que se entienda que sirvió y sirve para aclarar y reconocer, no para procesos que hagan justicia, dejándolo en el espacio del no lugar.

voluntad de colaborar en serio para conocer y reconocer sobre lo obrado, sobre lo negado, sobre lo infringido.

Nada ha dejado de ser duro para los sobrevivientes de la prisión (secuestro) y de la tortura. Su testimonio, un trozo de sus vidas, ha tenido que pasar la prueba del escepticismo, indiferencia y desprecio. Muchos y muchas de ellos se han allanado de corazas, de razones prácticas que los ponen en alerta para saber cuándo y cómo comunicar o cerrar y seguir clausurando cualquier alusión a lo indecible.

El testimonio aquí es riesgo, es re-exponerse hacía una sociedad-país donde muchos creen que a más de cuarenta años de estos hechos, el futuro es sin memoria, por lo menos sin esa memoria. Siempre lidiando con el cedazo de la duda de otros que deciden sobre la autenticidad de su verdad, el testimonio de la víctima es latencia de pasado y no constructor de cambio. Literalmente es fuente reservada en archivos que se han dispuesto para que cincuenta años más tarde de su publicación puedan ser conocidos por quien quiera. No obstante “ (...) El testimonio resiste no solo a la explicación y a la representación sino incluso a la reservación archivística hasta el punto de mantenerse deliberadamente al margen de la historiografía de proyectar una duda sobre su intención veritativa.” (Ricoeur, 2013: 208).

El testimonio puede ser también un acto profundamente liberador y contenedor. La psicología clínica en su dimensión social nos enseña que la experiencia personal del dolor humano, es mejor conducida cuando es compartida. Un testimonio escuchado, es respetado y acogido. Dejar testimonio público de lo que las autoridades niegan es una forma de solventar identidad (Lira, 2007). Cuando así sucede, la valoración acciona y el retrato narrado puede convertirse en materia prima, en la fuente, con que se ha ido conformando un lugar de memoria en cuanto se establece la relación entre el testimonio y la memoria del lugar, he ahí la lucha de las memorias, en particular es interesante la configuración y batalla que grupos humanos organizados han dado por recuperar la memoria del Estadio Nacional como campo de prisioneros y lugar de represión y tortura, convirtiéndolo paulatinamente en lugar de memoria que se conecta con la violentación transgresiva de los cuerpos cuyo testimonio los sitúa, pues “el lugar está donde está el cuerpo” (Ricoeur, 2004: 194).

Se puede decir que el testimonio surge desde el olvido, porque en rigor y desde lo personal la memoria es un acto de recuperación de lo que el olvido contiene. Los años se suceden y en Chile el testimonio no se hace desde un contexto que invite o promueva a la construcción de la memoria social. Se puede insistir en la afirmación de que el testimonio surge desde el olvido porque hay un contexto que ayuda poco o nada en pluralizar un lenguaje social y público que valore, integre e invierta en su valor no sólo como patrimonio de un tiempo histórico y vivencia concreta sino como elemento que fogosita interrogantes públicas que construyan dialogo y promuevan una sociedad donde el estado de derecho y la vida democrática pueda desplegarse.

En la actualidad de Chile, y de muchos grupos sociales que son parte de los países latinoamericanos, se testimonia desde el olvido porque lo hasta aquí expuesto da cuenta

de la profunda soledad y no menor coraje que se requiere para decidir hacerlo. En la obstinación de la palabra testimoniada se juega la experiencia vital que busca no ser desarraigada, busca interlocutores, reconocimiento, integración y valoración. “Doy testimonio porque creo que hubieron otras formas, finalmente, de violencia, de un modo violencia psicológica que te dejaron marcas (...) te da finalmente como un poco de vergüenza o tal vez de pudor, no sé cómo calificarlo, en términos de contar tu historia para indicar que también ahí, hay dijéramos una, algo, contra la dignidad del ser humano” (Cruz, 2012).⁴ Reconocimiento de que se ha vivido así como se cuenta, valoración de la vida vivida, de la insistencia en vivir.

Testimonio que intenciona aprender que las señales de deshumanidad tienen que ser advertidas a tiempo para que su padecimiento cruel sea evitado, testimonio para seguir sobreviviendo, testimonio como acto de liberación a las cadenas de opresión que el silenciamiento intencionado genera en la sociedad, sobre todo para aquellas y aquellos que vivieron el horror.

No obstante la relevancia del testimonio entregado y de ser vivido como evocación liberadora, la persona que testimonia no olvida. Muchas y muchos no dejan de estar cruzados de abismos que pueden desembocar en vacío y en trauma. Entienden su testimonio como la declaración de una experiencia que en vez de liberar, atrapa y no logra comunicar. Ya no se trata exclusivamente de la falta de escucha y recepción que pudiera tener lo que se comparte, pasa por saber que eso que se comparte no tiene lugar, desde ahí se podría decir que es tan insoportable la carga como innecesaria su herencia.

Todas las personas que pasaron y lograron salir con vida desde los cientos de centros de detención y tortura que el Chile dictatorial generó entre 1973-90, fueron protagonistas y/o testigos de una serie de hechos que por lo general conmovió su vida entera. Quebrados, muchos de los hombres y mujeres fueron actores de escenas que han optado por acallar por muchas razones; entre ellas por no entregar a sus descendientes una herencia tan pesada como injusta, porque a su parecer no tiene mérito contar o no existe audiencia social interesada a quien compartir, pues se encuentra en el terreno de lo incomprendido. Sin embargo otros han insistido que es relevante hacerlo para no simplificar nada, nada que represente una vivencia de dolor que se convierta en mayor impunidad de la que ya se ha instalado. Entre medio de ellos, los que han tenido mayor posibilidad de ocuparse de la cohabitación de lenguajes que ahí se despliegan, advierten una pieza de la llamada batalla de las memorias que la escena chilensis ofrece.

La represión política y la tortura en el Estadio Nacional de Chile en 1973

⁴ Cada uno de los testimonios que aquí se citan son fuentes primarias recogidas por el grupo de trabajo en recuperación de testimonios y archivo del Estadio Nacional. Fueron debidamente registradas en formato audiovisual y transcritas durante el año 2014 para ser copiadas en un Archivo que se encuentra en proceso de configuración. Al lado de la cita testimonial se ha colocado un parentesis que coloca el apellido del testificante y la fecha.

Miles de personas fueron confinadas en el Estadio Nacional de Chile uno de los días, sino todos los días, entre el 12 de septiembre y el 21 de noviembre de 1973. No hay acuerdo en las cifras, la bibliografía al respecto dice que ésta oscilo entre 7.000 y 30.000 personas, entre ellos extranjeros, la gran mayoría latinoamericanos. El improvisado campo de detención estuvo a cargo del Ejército y de la custodia, conscriptos que cumplían con el Servicio Militar Obligatorio, jóvenes casi adolescentes, que provenían de regimientos de Arica y Punta Arenas, ubicados lejos de la ciudad de Santiago.

Todo configuraba un escenario de terror y guerra; los armamentos, los camiones militares, jeeps, buses, perros policiales, ametralladoras punto 50 apostadas en diferentes lugares del Estadio, incluso tanques y helicópteros, sin hablar de los trajes militares de guerra, boinas negras y la presencia de representantes de cada una de las ramas de las Fuerzas Armadas y uno que otro civil, todos ellos ocupados como cancerberos o como interrogadores de la inédita experiencia emprendida de represión y violación de los cuerpos y los derechos humanos sistemática y masiva en Chile.

El Estadio Nacional (1938), bautizado alguna vez como el elefante blanco, había sabido de gestas deportivas variadas y de sendas concentraciones políticas, pero la afición solía repletar las gradas de madera, que en ese entonces eran para 70.000 personas, fundamentalmente con el fútbol, cuando también éste era un fiesta social que incorporaba indistintamente a diferentes sectores sociales, sobre todo provenientes del mundo popular y a las familias. Pero el deporte no había sido su único uso. Muchas de las emergencias producidas por terremotos o desastres naturales en Santiago llevaron a las autoridades a decidir ocupar el recinto como albergue (Álvarez, 2014) provisional antes de llevar a la población damnificada a otros lugares, como es el caso de muchas personas que serán trasladadas a inicios de los años cincuenta a la población Legua Emergencia, sin poder saber que casi treinta años después, muchos de ellos tendrían que volver al Estadio esta vez como prisioneros.⁵

El mayor número de personas detenidas que arribó al Estadio Nacional fue durante los primeros días después del Golpe Militar. Su procedencia fue disímil, algunos provenían de otros lugares de detención y de tortura⁶, inclusive desde fuera de Santiago, también desde la misma capital, como el Estadio Chile por ejemplo. Otros fueron detenidos en la vía pública (Moreno, 2013) otros en su lugar de trabajo o de estudio en la población en

⁵ No solo como prisioneros. Conocido ha sido el caso del poblador de Legua Emergencia, Rafael Silva, quien se encontraba haciendo el Servicio Militar Obligatorio en un regimiento de Arica y que fue trasladado para estar en el Estadio Nacional. Ahí tuvo que ser cancerbero no solo de los pobladores quienes eran sus vecinos, sino que de su propio hermano a quien además debió apuntar con la metralla según las ordenes recibidas. “Cuando mi mamá llegaba al Estadio me hacía preguntas, yo estaba respondiendo, y ella estaba en otra. Tenía la mente puesta adentro del Estadio, pero no es que estuviera enojada conmigo, solo que pienso que detrás de las rejas ella veía a mi hermano.” (entrevista realizada por el autor a Rafael Silva, 19 de diciembre de 2010).

⁶ Los militares no escatimaron espacios para amplificar el terror de la detención, la tortura y muerte de personas. Bibliografía y testimonios sobre el tema señalan que fueron ocupados con ese fin buques de la Armada (Crouzet, 2005), escuelas militares, regimientos y comisarías (Alarcón, 2012). También escuelas y liceos, hospitales, edificios públicos y fundos.

sus casas productos de allanamientos o lugares de trabajo. Venían golpeados y eran recibidos, con algunas excepciones, por un “callejón oscuro” consistente en manotazos y patadas realizados por Carabineros o militares para continuar la “bienvenida”. Luego de ser chequeados, eran enviados a uno de los seis camarines definidos por los militares donde debían permanecer, no obstante el hacinamiento y las precarias condiciones del espacio, carentes de lo mínimo necesario para dormir y hacer sus necesidades. También se ocuparon otras escotillas y las escaleras de salida que solían usar los equipos de fútbol al salir a la cancha.

En esos reducidos espacios, los prisioneros se fueron conociendo o reconociendo según el caso, entre ellos habían; obreros, gentes de oficios varios, estudiantes, profesionales de diversas especialidades, funcionarios públicos, políticos, dirigentes vecinales, religiosos, mineros, etc. Luego de unos días comenzó a ser posible una organización mínima pero fundamental entre los detenidos, los gestos de fraternidad entre los hombres y mujeres que compartían la misma suerte se multiplicaban, al mismo tiempo que la tortura infringida por los militares ejercía su potencial trastorno. De ese modo, temas básicos como la comida, el abrigo, el sueño y el uso del baño fueron adquiriendo una dinámica propia permitiendo sobrevivir de mejor manera que cuando la soledad gana. La monotonía sino era vencida, se hipotecaba y las cavilación mutilante tenía mayor posibilidad de contenerse. Surgieron grupos de canto, charlas y clases de los más variados temas, en especial sociopolíticos, se nombraron delegados para tratar temas con los militares. Y el ingenio dio paso a la confección de objetos fabricados artesanalmente de prácticamente cualquier material que pudiera tener una mínima utilidad, así se hicieron juegos de mesa; naipes, domino, dama y ajedrez con piezas modeladas de cartón. En el transcurso de las semanas pudieron tomar aire en las graderías del Estadio y en el mes de noviembre recibir visitas.

Los varones no eran los únicos presos que ocupaban el Estadio, dentro del mismo espacio que ocupaba el coliseo estaba el camarín de la piscina del Estadio donde concentraron a las mujeres que apresaron, algunas de ellas embarazadas, de las cuales no pocas sufrieron abortos producto de los golpes y lesiones generadas por la tortura. Ellas también supieron organizarse, eligieron una representante, consiguieron mercadería, cigarrillos, chocolates, frazadas, lavar y tender ropa. No obstante no pudieron exceptuarse de la brutalidad de la tortura y los apremios ilegítimos que incluso le costo la vida a algunas, tal como los militares hicieron en forma más intensa con muchos de los hombres que tenían prisioneros.

“Los primeros días se nos ubico en los camarines que están debajo de las graderías. Éramos cien mujeres que casi no cabíamos en ese recinto; teníamos que acomodarnos para dormir, unas para un lado, otras para el otro lado, igual que unas latas de sardinas. Prácticamente no teníamos contacto con el exterior, cada dos o tres días nos sacaban a tomar el sol al lado de la tribuna presidencial. Después de ocho días no lo recuerdo muy bien, decidieron trasladarnos a todas a los camarines de la piscina ubicados cerca de la avenida Pedro de Valdivia. En ese lugar tuvimos un poco mas de espacio y allí permanecimos durante casi treinta días” (Báez, 2008: 92).

La Tortura

El daño físico es la más brutal forma de tortura que se perpetra, es un daño que se ancla en el cuerpo y se extiende por todo el ser, depositándose sutil y violento en la psique y alma del ser humano. El Informe de Prisión Política y Tortura dio cuenta que el 94% de las personas cuyo testimonio fue validado por esa Comisión sufrió tortura “(...) Los relatos concuerdan en que estos hechos fueron cometidos de manera similar y coordinada por efectivos de las distintas ramas de las Fuerzas Armadas, de Orden y Seguridad y de los servicios de inteligencia, como la DINA y la CNI, registrándose también casos excepcionales que mencionan la participación de civiles. De esos testimonios se desprende que, como se ha reiterado, la tortura fue una práctica recurrente durante el Régimen Militar (...) en los primeros años se caracterizaron por su brutalidad y por dejar secuelas evidentes, poniendo con frecuencia en grave riesgo la vida de las víctimas, existiendo posteriormente mayor especialización en el tipo de presión física aplicada sobre el detenido. Salvo excepciones, los testimonios coinciden en que, durante su detención, las personas afectadas sufrieron la aplicación de más de un método de tortura.” (Informe Prisión Política y Tortura, 2005: 205).

Los interrogatorios se realizaban en los “caracoles” o lo que aparentemente se diseñó como camarines ubicados cerca del velódromo donde en conjunto con las casetas destinadas a la prensa también se aplicaron distintas formas de tortura, las más graves. “ (...) Los detenidos eran sometidos durante largos periodos a sucesivos interrogatorios en los que se les infligía torturas. En ellos denunciaron haber sufrido golpes de pies y puños, o con un implemento de goma o de fierro, en algunos casos hasta producir fracturas., aplicación de electricidad; fueron amarrados con las manos en la espalda y atados en la silla; les sumían la cabeza en un estanque de agua; soportaron violaciones y vejaciones sexuales las mujeres y también los hombres. Se recibieron testimonios que señalaban que les revisaban la vagina o fueron obligadas a presenciar violaciones a otras mujeres. Hombres y mujeres sufrieron colgamiento, *el teléfono*, quemaduras con cigarrillos, fueron pisoteados, sufrieron simulacros de fusilamiento y amenazas de muerte de forma permanente.” (Informe Prisión Política y Tortura, 2005: 440).

La experiencia de prisión política, represión y tortura en el Estadio Nacional generó actos de coraje y dignidad, amor y gratuidad, entrega y pasión, aprendizaje y amistad, esperanza desde la desesperanza. Pero al mismo tiempo, la violencia asesina era una posibilidad concreta que habitaba recubierta de cientos de formas de tortura. El miedo se expandía, entonces la desintegración humana, la humillación, la incertidumbre, la delación, la mentira, la vergüenza, la culpa, el vacío flagelante consumía lo que quedaba de humano.

Los testimonios que a continuación presentamos son un retrato de lo ocurrido en el Estadio Nacional, pero en lo fundamental pone en juego esta constante oposición de humanidad y deshumanidad que no termina de dar cuenta del contradictorio material que el ser humano contiene en cuerpo y alma. Los testimonios hablan de una serie de

sentimientos e imágenes paradójales que están dentro de la experiencia represiva, en particular de la tortura.

En el momento de la detención el autor de la siguiente cita no da crédito a lo absurdo, que se ubica al lado de la prepotencia y la ignorancia; “No estábamos escapando quiso aclarar Lizzul. Ustedes creen que nosotros somos imbéciles, nos preguntó el teniente. Acto seguido nos llovieron patadas” (Cozzi, 2000: 17).

“ (...) Yo todavía no me daba cuenta de cómo era la situación (...) nos sacaron del Banco, nos metieron en un camión, y nos trajeron al Estadio y yo todavía no me daba cuenta realmente cuál era la gravedad. Me di cuenta porque pasó una persona al lado de mí que estaba muy mal. Pero mal, mal, mal. Entonces dije a mis compañeros ‘aquí están torturando’ (...) y otro me dice que para él aquí están matando” (Cruz, 2012).

La incertidumbre es uno de los primeros y masivos sentimientos-razón que las personas aprendieron a colocar en alerta. Los que estaban viviendo y sintiendo las personas que se encontraban como prisioneros en el Estadio Nacional comenzaban a advertir la condición que el país viviría por muchos años. La situación en que se estaba dentro del Estadio, fue de incertidumbre constante. Empezando por el hecho de que muchas personas no sabían porqué estaban ahí. Ellos no militaban en ni un partido político, célula o sindicato. Se sentían un hombre como cualquiera e incluso llegaban a suponer que detrás de todo había un error, quizá un alcance de nombre, en todo caso solucionable. Pero otros mucho sí sabían o intuían el porqué. No obstante no muchas personas dicen haber imaginado que lo que estaba sucediendo en Chile podía ser posible. Los golpes militares no eran una excepción en la historia política chilena, pero el flagelo sistemático de muerte, desaparición, represión y tortura sí lo era.

“Una de las cosas que más mataba y hacia quebrarse a la gente era la incertidumbre de no saber cuánto tiempo se iba a quedar, por lo tanto, teníamos que convencer a todo el mundo de que antes de pascua, no nos íbamos, porque si no la gente se iba a empezar a quebrar a medida que fueran pasando los días, y de hecho nosotros funcionábamos. Convencimos a todo el mundo, a los del camarín, a los otros profesores, conversábamos cuando nos soltaban, de alguna manera nos la ingeniábamos para conversar entre nosotros de que antes de diciembre no íbamos a salir, para no estar con esa incertidumbre.” (Miranda, 2012). La incertidumbre no pasa, se queda hasta el último momento. Muchas veces, ante la noticia de la liberación el prisionero no creía lo que escuchaba. Una vez de regreso a casa, nada es igual. La incertidumbre se convierte en una experiencia práctica que se aloja en un lugar de la sobrevivencia.

Y en cualquier instante el miedo sobreviene, el miedo da miedo. Es una corriente que no para de crecer y que la represión fomenta con intención hasta que la tortura la convierte en una constante sensación de flagelo, impotencia y terror. Se puede olvidar el miedo, pero no se puede olvidar sentir que se siente y que su presencia es una especie de fantasma. “Entonces el ánimo era primero de preocupación, de incógnita, de temor, por supuesto, susto, manejado así. Claro por supuesto, no era el pánico digamos ese que a uno lo paraliza, pero había” (Pereda, 2013). “Vivíamos en estado de tensión, de ahí que la

calidad de vida era de tortura permanente y los milicos se encargaban de que así fuera. Un día eran los tanques que se desplazaban dentro del recinto, otro la punto 30 rodeando la cancha de fútbol y el llamado constante por los parlantes a diferentes compañeros a que se fueran a ubicar, ya sea en el Disco Negro o en el Disco Rojo.” (Medina, 2008: 332).

Pero nada basta cuando la tortura está en acción, la humillación, ese sentimiento de reducción infinita es objetivo predilecto de los torturadores. Volverse nada, volverse nadie, dejar en una parte inubicable la dignidad; “ (...) la idea era bajarte lo más posible en tu dignidad de ser humano, maltratarte, torturarte, etc. Tirarte la comida, la frazada para dormir, todo eso era parte de la misión de atacar, digamos, tu dignidad lo más posible, era dejarte o neutralizado, bueno básicamente neutralizado. Más que nada era humillarte” (Calderón, 2013).

En medio de la tortura uno, dos, varios gritos, más bien aullidos que salían de las entrañas “La acústica que tienen los caracoles es alta entonces se sentían los gritos, y el grito de los torturados yo no sé, pero es un grito espantoso (...) desgarrador, además por la acústica del lugar yo digo que era un grito que salía de la tierra, era espantoso.” (Pereda, 2012). Hasta que devenía el silencio, tanto porque no quedaba ni una sílaba, ni un gemido, tanto porque la muerte asesina vencía.

La experiencia de la tortura muchas veces generó que los vínculos se sitúen en el mundo de la sospecha y del miedo, la insensatez se amplía y/o se potencia y la negación comienza a ser el criterio preponderante que gobierna la comunicación, borrando cualquier contacto real pues, siempre es desigual. El otro no solo es un no yo sino que un nadie. De eso modo se extirpan los aspectos primarios que posibilitarían, crearían y mantendrían las relaciones humanas.

De la mano con el párrafo anterior es probable que surja la culpa, la auto culpa inclusive por lo que no está procesado o no se entiende muy bien. “A principios de noviembre se autorizó por primera vez el ingreso de una visita por prisionero; fue muy fuerte para todos nosotros que estábamos en las graderías, separados de quienes habían llegado a vernos por las rejas que protegían la entrada al campo deportivo. El encuentro estuvo lleno de dramatismo, pues nuestro aspecto físico había cambiado mucho; flacos, barbones, pelucones, casi irreconocibles. Con mi esposa nos quedamos mirando largo rato sin poder hablar. Ví en sus ojos mucha pena por mí, pero también algo así como un reproche, y me invadió una sensación de culpabilidad.” (Rayo, 2008: 445).

Los profesionales de la tortura se desempeñaban en sus labores como cualquier otra persona que trabaja en un trabajo rutinario. Tenían horario, horas extras, necesidades administrativas, etc. Los llamados fiscales citaban a un interrogatorio, donde en algunos casos también participaban civiles. Se repartían a los detenidos a quienes se les infringía diversas, pero estudiadas, formas de aniquilamiento. La mayoría de ellos aparte de buscar la sumisión y miedo absoluto a su torturado de turno lo oprimía psicológicamente con las más aterradoras formas de violencia, sobre todo con amenazas de muerte sobre sus seres queridos y amigos. Aquellos que no resistían los interrogatorios eran sacados envueltos

en frazadas y su cadáver era botados cerca de los canales, acequias y ríos, hasta que los esbirros comenzaron a elaborar formas algo más sofisticadas de ejecución, desaparición y despojo. O bien, también sucedió que algunas personas pasaron a formar el temible rol de delator, acusando a personas supuestamente implicadas en lo que los militares necesitaban que fuera implicada. Un hombre encapuchado apuntando con sus dedos sobre alguna persona, fue el símbolo de esta práctica.

Paralelamente todo un sistema funcionaba dentro del coliseo “A unos veinticinco metros a nuestra derecha se encontraba el micrófono desde el cual llegaban para que se presentaran los presos en el Disco Negro, frente a la marquesina, en la Pista de Cenizas. El Disco Negro era como un signo provisorio de tránsito pintado de ese color. Durante toda la mañana asistentes sociales damas de la Cruz Roja y oficiales de distintas ramas del Ejército estuvieron llamando por los parlantes a los detenidos.” (Cozzi, 2000: 39). “En algún momento me acuerdo haber leído que se reforzó el equipo de interrogadores para poder desocupar más luego el Estadio, cuando ya se acercaba la fecha del partido con Rusia, se decidió parece en algún momento, desocupar el estadio, entonces se reforzó, esto parece, lo leí de parte de algún militar, se reforzó con 30 interrogadores más, a partir de cierta fecha.” (Aguirre, 2013).

La sensación de muerte producto de la tortura, el sentimiento que nada volverá a reconocer el ser humano que se fue y que probablemente se quiso ser, con todas las ambivalencias y contradicciones de cualquiera; “De pronto sentí que una distancia infranqueable me separaba de ellos. Era la distancia que separaba a un sueño de la realidad. El silencio me envolvía con un gran manto negro. Era un silencio de muerte. Algo en mí se moría. (Cozzi, 2000: 89). El mismo autor agrega en su libro testimonio “ (...) De algún modo yo estaba muerto. Como si me hubiesen arrancado de cuajo el alma, extirpado la pasión de vivir. Dentro de mi desesperación había una fosa vacía, silenciosa y oscura que reclamaba a gritos su cadáver.” (Cozzi, 2000: 105). “Después, volvieron a interrogarme y me dijeron que me iba en libertad, pero sí que llegaba a insinuar lo que había pasado en ese lugar me iban a matar a mí y a toda mi familia (...) Me hicieron arrodillarme, me vendaron los ojos y me pegaron un culetazo en la cabeza por lo que relata mi esposa un conocido vio que tiraban gente al Zanjón de la Aguada y le avisó a mi esposa para que fuera a ver si yo estaba ahí. Y ahí estaba yo, botado entre un montón de cadáveres.” (Aguirre; 2008, 50).

No nos deberíamos olvidar anteponer o agregar que cuando se habla de violación de derechos humanos y en ella están implicadas situaciones de tortura, deberíamos hablar de la violación de los cuerpos y de los derechos humanos como una sola cosa. El cuerpo habla, su manera de comunicar es poderosa, el cuerpo delata, absorbe, cobija y bota. “ Qué tienen que ver mis piernas en todo esto (...) Más adelante, cuando pasé por experiencias más duras, tuve que agregar forzosamente a este puzzle otras zonas de mi cuerpo. Por ejemplo, el estómago. Cuando atisbas el peligro, se te hace como un nudo en el estómago. Pero no un nudo ciego hecho con una pitilla sino que un nudo ciego con una soga o con una cadena, que te hace un bulto gigantesco, que pesa una brutalidad y se mueve para todos lados (...) La boca juega también un papel importante. Se te seca de un viaje cuando estas en apuros y no hay manera de fabricar saliva” (Gamboa, 1980: 36).

Como suele suceder en la historia de violentación y desgarró social, los más castigados son los más pobres de la sociedad. Los hombres comunes y corrientes, aquellos que representaban los sectores más sencillos de la sociedad chilena. Es el caso de los pobladores de La Legua, una de las poblaciones más emblemáticas de Santiago de Chile. Antes de ser trasladados al Estadio, sus casas habían sido allanadas y los hombres mayores de 14 años fueron arrastrados, obligándoles a estar con el torso desnudo, a una de las canchas próximas a sus límites. “Cuando llegó al Estadio un grupo de más de trecientos hombres de esa brava población, todos quedamos impresionados. No eran hombres eran guiñapos caminaban mejor dicho, arrastraban sus pies como zombies. Los traían en calidad de incomunicados. No podían hablar con nadie ni nadie acercarse a ellos. En sus rostros había angustia, rabia, impotencia, desesperación (...) a esa gente que había sido golpeada y vejada hasta límites inhumanos a los que acusaban nada menos que de haber volado un microbus de carabineros, les metieron a culatazo limpio en el túnel sur, que tenía por lo menos 50 centímetros de agua. Allí permanecieron, allí durmieron, allí curaron sus heridas, allí sobrevivieron.” (Gamboa, 1980: 73).

En las entrañas del terror, las experiencias de solidaridad, fraternidad y hermandad se multiplican, como dijo el “gato Gamboa”; en estas situaciones uno se vuelve hermano de su compañero. Él recuerda que dentro del Estadio vio “(...) un singular grupo de la Escuela de Medicina que me impresionó por su afán de ayudar ruidosamente, yo diría hasta alegremente a todos los presos que, por una u otra razón, esta gigantesca redada había destruido. Recuerdo su movilización solidaria hacia la gente de la Legua. (Gamboa, 1980: 73).

Luis Borremans, entonces cura de esa población fue detenido, arrastrado en un jeep militar con las botas militares en la cara y paseado por las calles de la población La Legua. Luego fue humillado y golpeado junto al sacerdote salesiano Alejandro Rada. Posteriormente fue llevado al Estadio Nacional. En su testimonio destaca “ (...) Lo que importa es haber estado con la gente y en especial con la gente de La Legua, la gente me aplaudía porque habían más de 300 de La Legua. Tome gran contacto con la gente para contar que la gente estaba viva, había visto varios de acá, y los papás no sabían donde estaban, o las esposas buscando a sus esposos, así pudimos comunicar eso, después que entró un poquito mas calma. Pude ver a mucha gente que la estaban atacándola y matándola.” (2003).

Según Bonnefoy el proceso de “evacuación en masa del Estadio comenzó el 2 de Octubre” (2012: 88). No obstante muchos fueron trasladados a diferentes centros de detención, el más importante de todos por su dimensión y carácter de campo de concentración fue el de Chacabuco, ubicado en la región de Antofagasta. En el caso de algunas personas, paso más de un año para recuperar la libertad “yo estuve detenido sin decir en que circunstancias me detuvieron, hasta que en noviembre de 1974 me trasladan a Puchuncaví cuando ya estaban cerrando el campo Chacabuco y en Puchuncaví estuve mas o menos dos semanas y de ahí a Tres Álamos, y allí en la tarde me echaron para afuera sin ningún cargo pero habían pasado catorce meses.” (Calderón, 2013). Pero la libertad era ente comillas, en rigor las personas quedaba en libertad condicional y muchas veces se le obligaba a firmar un papel donde el prisionero corroboraba que se le dio un

buen trato mientras duro *la prisión preventiva*. Posteriormente a ese calvario, recuperar, rehacer, reconstruir, sobrevivir se transformaron en los principales sustantivos. En lo inmediato “ (...) estaba mi papá, mi mamá en casa. Lo primero que hicieron fue botar la ropa y las frazadas que venían, eran un asco. Me metieron al baño y se metió mi papá conmigo a bañarme y se puso a llorar, porque yo estaba para la cagada. Yo le dije que no dijera nada porque mi mamá se derrumba, porque los testículos los tenía así (...) estaba imagínate con (...) ya llevaba un tiempo que ya el brazo ya lo movía, estaba bien, pero hoy día el brazo me quedó chueco.” (Lagos, 2012).

En el mediano y largo plazo salir del país se transformo en una opción. Cerca de un cuarto de la población chilena de esa época salió al exilio con todo lo que eso significo; desarraigo, procesos de integración a un idioma y cultura nueva. Otros vieron destruida sus familias, sus sueños, estabildades, certezas, compromisos y sentidos. Otros reafirmaron sus principios no sin temblores. Muchas y muchos quedaron con secuelas ingobernables y con una vida cotidiana rodeada de traumas cuando no de soledad país y fantasmas sonoros que les continúan hablando en medio de su pensión de hambre, enfermedades y agonías.

Si algo nos enseñan los testimonios es que la vida no vivida tiene concretas formas de padecimiento. Nos enseña quizá que efectivamente se puede narrar lo contado, y los padecimientos acaecidos, pero también se pregunta ¿dónde queda el sufrimiento mutilante? Dolidos de cuerpo, dolidos de alma, los que vivieron la prisión política y tortura durante la dictadura cívico-militar chilena de 1973-90 desahucian el futuro por un presente que ha sido incapaz de otorgar justicia a cabalidad. No obstante la sobrevida, les ha enseñado a ser resilientes como una forma de resistir. Una de las formas escogida para ellos ha sido agruparse en torno a la lucha y promoción de lo vivido, han hecho de la lucha por la memoria, una causa.

Gestionando memoria

Aun en dictadura, cada 11 de septiembre, había personas que asomaban su cuerpo por las afueras del Estadio para dejar una vela, una flor, un mensaje, una fotografía de una persona asesinada o hecha desaparecer. En la década del noventa y parte de los años 2000, el espacio es múltiplemente visitado sin una coordinación necesariamente que organizara o catalizara a los asistentes. Incluso se llego a vivir serias discusiones y peleas entre ex militantes de partidos políticos de izquierda y también en contra de Carabineros. No obstante en los últimos cinco años la convocatoria ha sido aún más masiva y si bien la heterogeneidad de los asistentes se mantiene, la gran novedad ha sido la posibilidad de visitar algunos lugares dentro del Estadio donde sucedieron muchos de los hechos anteriormente relatados.

La gente se ha agolpado con interés. El camarín numero ocho ha abierto sus puertas y en el interior se pueden ver decenas de fotografías, iconografías, mapas, testimonios, una vieja bandera de Chile “recuperada” por una célula política, hasta las huellas de escritos en las paredes dejadas por los que ahí estuvieron. Si se camina un poco hacía el sur, se

puede acceder al sitio de memoria preservado en las remodelaciones que el Estadio vivió en los últimos años; las graderías de madera celestes, ícono de cualquier fotografía de la época y donde se sentaban los detenidos para tomar sol y aire, forman un cuadrante resguardado por lastras de vidrio transparente en sus límites. Una luz tenue da sobre la frase “un pueblo sin memoria es un pueblo sin futuro” que está justo puesta sobre una gigantografía que muestra una escena de cuando el Estadio se transformo en centro de detención, asesinato y tortura.

El 11 de septiembre de 2014, las personas iban de un lugar a otro. Algunos se apostaron en las rejas que da a la Avenida Grecia, el mismo lugar donde cientos de personas en los meses de setiembre a noviembre de 1973 esperaban conocer alguna noticia de su ser querido o amigos. El espacio se ha revestido con canciones, homenajes, discursos e intervenciones artísticas, culturales y políticas. Entrando al coliseo, se aprecia un memorial, inaugurado por la administración Piñera, en el que se recuerda los padecimientos que miles de personas debieron pasar ahí. Hacia el Estadio mismo, en la base del portón de rejas que da a tribuna marquesina, hay una oficina que dice “derechos humanos”. Ahí un grupo de voluntarios se reúnen los días sábados a tomar testimonios, dar visitas guiadas, realizar o gestionar talleres y procesos de formación en temas de derechos humanos, casi a pulso. Es posible concluir que el 11 de septiembre coloca en tensión las disímiles miradas que cohabitan superpuestamente la memoria social.

La actualidad del Estadio en cuanto uso de la memoria y su sentido es producto de un proceso complejo y paradójico, que tiene como principales actores a las personas que han dedicado parte de su tiempo por promover la memoria histórica del lugar. Ha sido complejo porque el proyecto de memorialización no ha contado con el consenso y unión de los demandantes provocando su división entre aquellos que se han aglutinado en el grupo llamado “Estadio nacional, Memoria Nacional” y otro llamado “Museo abierto, sitio de memoria y Homenaje” (Rozas, 2013), en medio de eso el Estadio pasó a ser declarado Monumento Histórico (2003). Y ha sido paradójico porque ha tenido mayor respuesta política bajo la administración de un presidente de derecha que de los gobiernos encabezados por presidentes que dicen identificarse con las ideas de izquierda.

La soledad con que trabajan los grupos humanos que se organizan y mueven por reivindicar la memoria histórica, tienen que ver con las pugnas íntimas y con la indiferencia gubernamental en la materia. “La Agrupación Metropolitana de ex presos políticos se afianzó en el rol protagonista de este proceso. A partir de allí, la patrimonialización de las huellas de la violencia se desarrolla a través de una suerte de “privatización” de la memoria dolorosa” (Bianchini, 2013: 6042). Además, autora advierte que en el marco de un discurso público de “reparación a las víctimas”, los memoriales representan una victoria de la verdad sobre la negación, no obstante “perder en el camino su significado político”.

El camino hacia recuperar memoria está ligado con el de ejercer el derecho a hacer memoria. Los testimonios y la memoria histórica son expresión de ello. Ambas dos, son herramientas y fin de lo acaecido en espacios de terror, asesinato y represión. En los

muros y susurros del Estadio Nacional de Chile también viven los que ahí pasaron y quedaron.

Bibliografía

- Álvarez, Paulo 2014 *Legua Emergencia, una historia de dignidad y de lucha* (Santiago: ediciones UDP).
- Bonnefoy, Pascale 2005 *Terrorismo de Estadio. Prisioneros de guerra en un campo de deportes* (Santiago: ediciones Chile-América).
- Cozzi, Adolfo 2000 *Estadio Nacional* (Santiago: editorial Sudamericana).
- Crouzet, Edward 2005 (2000) *Sangre sobre la esmeralda sacerdote Miguel Woodward vida y martirio* (Santiago: ediciones Chile-América).
- Gamboa, Alberto 1980 *Un viaje al infierno* (Santiago: ediciones Hoy).
2005. *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura* (Santiago: Editorial La Nación).
- Moreno, Enrique 2013 *Mis días en el estadio* (Santiago: Ediciones de la Fundación Coudrin).
- Ricoeur, Paul 2013 (2000). *La memoria, la historia y el olvido*. (Buenos Aires: editorial FCE).

Artículos de libros

- Aguirre, Enrique 2008 “Botado entre cadáveres en el Zanjón de La Aguada” en Kunstman Wally y Torres Victoria (comps.) *Cien voces rompen el silencio Testimonios de ex presas y presos políticos de la dictadura militar en Chile (1973-1990)*. (Santiago: Dibam).
- Báez, Verónica 2008 “La solidaridad de las mujeres prisioneras en el Estadio Nacional” Medina, 2009, 332). en Kunstman Wally y Torres Victoria (comps.) *Cien voces rompen el silencio. Testimonios de ex presas y presos políticos de la dictadura militar en Chile (1973-1990)*. (Santiago: Dibam).
- Bianchini, María 2015 “Las huellas del pasado: memoria y patrimonio en Santiago de Chile” en En Folguera, Pilar y Pereira, Juan Carlos (eds) *Pensar con la historia desde el siglo XXI* (Madrid: UAM ediciones).
- Medina, Heriberto 2008 “La solidaridad de clase de los torturados” en Kunstman Wally y Torres Victoria (comps.) *Cien voces rompen el silencio. Testimonios de ex presas y presos políticos de la dictadura militar en Chile (1973-1990)*. (Santiago: Dibam).
- Rayo, Palmenio 2008 “11 de septiembre de 1973: mi experiencia de “Prigue”” en Kunstman Wally y Torres Victoria (comps.) *Cien voces rompen el silencio. Testimonios de ex presas y presos políticos de la dictadura militar en Chile (1973-1990)*. (Santiago: Dibam).

Testimonios

Aguirre, Pedro (2013) Entrevista realizada por el equipo Estadio Nacional y transcrita por David Errázuriz.

Cruz, Luís (2012) Entrevista realizada por el equipo Estadio Nacional y transcrita por David Errázuriz.

Pereda, Alejandro (2013) Entrevista realizada por el equipo Estadio Nacional y transcrita por David Errázuriz.

Calderón, Juan (2012) Entrevista realizada por el equipo Estadio Nacional y transcrita por Juan Cisternas.

Lagos, Gonzalo (2012) Entrevista realizada por el equipo Estadio Nacional y transcrita por Juan Cisternas.

Miranda, Patricio (2012) Entrevista realizada por el equipo Estadio Nacional y transcrita por David Errázuriz.

Entrevistas

Alarcón, Wilfredo. Realizada y transcrita por Paulo Álvarez, 14 de octubre de 2012.

Borremans, Luis. Realizada y transcrita por Paulo Álvarez, 3 de junio de 2003.

Silva, Rafael. Realizada y transcrita por Paulo Álvarez, 19 de diciembre de 2010.

Artículos en Internet

Lira, Elizabeth 2007. “El testimonio de experiencias política traumáticas: terapia y denuncia en Chile (1973-1985)” en Anne Pérotin-Dumon (dir) Historizar el pasado vivo en América Latina. Disponible en http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php.

Rozas, Valentina 2013. Disponible en <http://www.bifurcaciones.cl/2013/10/graderias-antiguas-en-un-estadio-remodelado/>